



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El proyecto de Sarmiento y su vigencia

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1989). El proyecto de Sarmiento y su vigencia. *Cuadernos Americanos*, 1(13), 85-96.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año III, núm. 13, (enero-febrero de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL PROYECTO DE SARMIENTO Y SU VIGENCIA

Por *Leopoldo ZEA*
CCYDEL, UNAM

TERMINADAS LAS GUERRAS de independencia en la llamada América Latina, se planteó de inmediato a los pueblos que la formaban una difícil disyuntiva. Difícil por sus consecuencias, ya que la misma implicaba una amputación. El dilema u opción expuesto por el argentino Domingo F. Sarmiento fue ¿civilización o barbarie? En su extraordinario libro *Facundo*, titulado también *Civilización y barbarie* (1845) presentará la disyuntiva a la que va a dar respuesta en su último libro *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883). En su primera obra mostró la existencia de "dos sociedades distintas, rivales e incompatibles; dos civilizaciones diversas: la una española, *européa*, civilizada y la otra bárbara, americana, casi indígena". Es en las ciudades donde el meollo civilizador se enfrenta a la barbarie del campo buscando absorberla. Ahora bien, dentro de este enfrentamiento ¿qué sentido tiene la emancipación política alcanzada? ¿Emancipación frente a qué? ¿Frente a España?, ¿la España que en América representaba la civilización?

España había dejado su impronta en América, de alguna manera había absorbido la barbarie americana expresada por el indígena. Pero, a su vez, España había sido derrotada en Europa por una civilización más civilizada. En las ciudades tuvo origen la revolución de independencia, animada por la cultura que en Europa había vencido a España. España se había convertido en el pasado de Europa, lo que ya no debía ser América. Otra Europa señalaba a América nuevos caminos, los caminos del llamado progreso, los caminos propios de la civilización de la que eran líderes otros pueblos en Europa: Inglaterra, Francia, y en América los Estados Unidos. En las ciudades la otra Europa triunfa sobre los españoles. En el Viejo Continente el pasado fue derrotado como en América lo fue en las guerras de independencia surgidas desde las ciudades. En el campo, en el mundo rural será donde el espíritu impuesto por la colonia seguirá vivo. Buenos Aires, la ciudad argentina por

excelencia, **vence a España**; pero Rosas, caudillo del feudalismo campirano, vence a su vez a Buenos Aires. El espíritu moderno que había vencido en Europa al espíritu medieval encarnado por España es vencido a su vez por el medievalismo americano.

América se había liberado de España, pero no del espíritu medieval que la había impuesto. A la emancipación política debería seguir, lo decían Sarmiento y la generación americana de la que forma parte, una "emancipación mental". Había que liberarle de los hábitos y costumbres impuestos por el colonaje español para anular la barbarie, resultado de esa imposición. Civilización era Europa, pero no España. Civilización es lo que no es ni puede aún ser América; civilización que se expresa al otro lado de las fronteras mexicanas y del Atlántico más allá de los Pirineos. Los caudillos de la Revolución de Mayo hicieron posible la emancipación política de la Argentina desde Buenos Aires. Revolución que ahora tiene que ser completada por nuevos caudillos que hagan propio el espíritu de la ciudad, de la civilización. "¿Por qué combatimos?", pregunta Sarmiento. "Combatimos por volver a las ciudades su vida propia". Por reintegrarlas a la modernidad, a la civilización de la que partió el pueblo argentino para independizarse de España. En esta lucha debe ser negado el pasado, tanto el americano como el español. "Buenos Aires —dice Sarmiento— se cree una continuación de la Europa, y si no confiesa francamente que es francesa y norteamericana en su espíritu y tendencia, niega su origen español". Niega el modo de ser que le impusieron la conquista y la colonización españolas. En la opción civilización y barbarie, civilización es lo que debe ser apropiado por América para dejar de ser bárbara.

En *Facundo*, Sarmiento describe magistralmente el mundo americano en el que la España medieval se mezcló con la barbarie americana. Un mundo que es la negación de la civilización que cunde y amenaza con engullirlo si este mundo no adopta los principios que han hecho posible la civilización en Europa y en Norteamérica. Esta visión es común en América Latina a todos los miembros de la generación de la que es parte Sarmiento en la Argentina. Común la preocupación por reeducar a los pueblos y adoptar los hábitos y costumbres que han hecho posible la civilización en Europa y en los Estados Unidos. Hay que liberar a estos pueblos de su pasado medieval y bárbaro, español y americano. Reeducación y reivindicación extraordinariamente difíciles en pueblos que son ya el fruto de tres largos siglos de dominación ibera. Difícil será levantar esta tierra áspera y bárbara, por cuyos habitantes corren sangres distintas, con etnias inconciliables. Pueblos en los que el mestizaje sólo

ha dado origen a individuos con ánimos encontrados entre sí, individuos ambiguos, y por ambiguos sin seguridad, sin apoyo sobre el cual levantar naciones como las que han sido levantadas en Europa y Norteamérica.

De estas dificultades habían sido ya conscientes los hombres que, como Simón Bolívar, habían luchado por la emancipación política de esta América, pero sin acertar sobre las bases para levantar una sociedad que superase las encontradas expresiones de existencia heredada del coloniaje. Allí estaban ya las palabras de Bolívar, que hablaban de los pueblos por él liberados: "Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y de América que una emanación de Europa; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de la misma madre, nuestros padres diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reto de la mayor trascendencia". Sarmiento, años más tarde, plantea el mismo problema cuando pregunta: "¿Somos europeos? ¡Tantas caras cobrizas nos desmienten! ¿Somos indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la respuesta. ¿Mixtos? Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados. ¿Somos Nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimiento? ¿Argentinos? Hasta dónde y desde cuándo, es bueno darse cuenta de ello".

Simón Bolívar exponía ya esta preocupación en 1819, la que reflejaba el punto de partida ineludible de esta realidad, el peculiar género humano que había surgido en esta parte del mundo. Había que partir de ello y no tratar de ser otro que lo que se era. Sarmiento, por el contrario, planteará la necesidad de la anulación de un ser que ha sido el resultado de la imposición colonial. Había que dejar de ser lo que se era para poder ser otra cosa. Bolívar se expresaba con las palabras citadas en 1819 y Sarmiento en 1883. Sarmiento parte en realidad de la experiencia de la que será amargamente consciente Bolívar al final de su vida. Bolívar, a punto de morir y lleno de amargura, describirá ya la América frente a la que surgirá el proyecto civilizador de Sarmiento, la América bárbara e irredenta que tiene que dejar de existir para que la región pueda llegar a ser parte de la civilización. En octubre de 1830, escribe Bolívar a su fiel general Rafael Urdaneta: "La situación de

América es tan singular y tan horrible, que no es posible que ningún hombre se lisonjee de poder conservar el orden largo tiempo ni siquiera en una ciudad. Creo más, que la Europa entera no podría hacer este milagro sino después de haber extinguido la raza de los americanos, o por lo menos la parte agente del pueblo, sin quedarse más que con los seres pasivos. Nunca he considerado un peligro tan universal como el que ahora amenaza a los americanos. . . la posteridad no vio jamás un cuadro tan espantoso como el que ofrece la América más para lo futuro que para lo presente, porque ¿dónde se ha imaginado nadie que un mundo entero cayera en frenesí y devorase su propia raza como antropófagos?". Era el mundo bárbaro, mestizo, racial y culturalmente, que describirá más tarde Sarmiento en su *Facundo*. Mundo que tenía que desaparecer, raza que debía ser extinguida; a eso tenderá el proyecto civilizador de Domingo F. Sarmiento. Proyecto que se hace expreso de diversas formas a lo largo de toda esta nuestra América, cansada de guerras fratricidas y de antropofagia. Una raza que en vez de unificarse, de asimilarse, se divide en diversas partes que combaten entre sí, hasta su mutuo aniquilamiento. ¿Civilización o barbarie?, ¿catolicismo o republicanismismo?, ¿liberalismo o conservadurismo?, etcétera. Habrá que optar por el pasado o por el futuro, por lo que fatalmente se es o por lo que se quiere llegar a ser. En el extremo sur de esta América, en la que la presencia indígena es menos densa, se propondrá un radical lavado de cerebro junto a un no menos radical lavado de sangre. Reeducar la manera en que han sido educados los hombres que han hecho posible grandes naciones en Europa y en Norteamérica; traer a estas tierras, mediante una poderosa emigración europea, hombres que hagan por la región lo que ya han hecho por Europa y por los Estados Unidos de Norteamérica. Región que debe dejar de ser hispanoamericana, española, para poder ser los Estados Unidos de la América del Sur. Erradicar cerebros atrofiados y cambiar sangres contradictorias.

Sarmiento muestra en el *Facundo* la raza o razas que pueblan esta región del continente. "El pueblo que habita estas extensas comarcas —dice— compone dos razas diversas que mezclándose forman medios tintes imperceptibles, españoles e indígenas". A ésta se agrega "La raza negra, casi extinta ya, excepto en Buenos Aires, que ha dejado zambos y mulatos, habitantes de las ciudades, eslabón que liga al hombre civilizado con el palurdo". ¿Qué resulta de todo esto? De "la fusión de estas tres familias —sigue Sarmiento— ha resultado un todo homogéneo que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial, cuando la educación y las exigencias de una posición social no vienen a poner espuela

y sacarle de su paso habitual. Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado la incorporación de indígenas que hizo la colonización. Las razas americanas viven en la ociosidad y se muestran incapaces para dedicarse a un trabajo duro y seguido aún por medio de la compulsión. Esto sugirió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados ha producido". En *Conflicto y armonías*, ya triunfante el grupo civilizador del que es alma Sarmiento, éste insiste con mayor violencia en sus ideas. La mezcla de tres razas, la cerril raza española, la servil raza negra y la salvaje raza indígena, dan origen a la intransigencia, la servidumbre y el salvajismo. En América, dice Sarmiento, "Iba a verse lo que produce una mezcla de españoles puros, por elemento europeo, con una fuerte aspersion negra, diluido el todo en una enorme masa de indígenas, hombres prehistóricos, de corta inteligencia, y casi los tres elementos sin práctica de las libertades políticas que constituyen el gobierno moderno".

El mestizaje de razas, de diversa forma inferiores por su capacidad para el uso de las libertades que dan sentido a la civilización, era el meollo de los obstáculos que impedían a la Argentina y a la América seguir el camino de la civilización. La España de la Inquisición, el Africa de la servidumbre y la América salvaje poco o nada tenían que ver con los valores propios de la civilización que se expresaba en la América del Norte y en Europa. "¡No os riáis, pues, pueblos hispanoamericanos —escribe Sarmiento en *Facundo*—, al ver tanta degradación! ¡Esta enfermedad la traemos en la sangre! ¡Cuidado pues!". La gran nación que se alzaba al Norte del continente había seguido por el contrario otros caminos. Ante todo los heredados de la Europa civilizadora que había vencido a la España defensora de los valores del Medievo. Además no cometieron el error de mezclarse en América con los nativos, los indígenas. "El norteamericano —escribe Sarmiento en *Conflicto y armonías*— es, pues, el anglosajón exento de toda mezcla con razas inferiores en energía, conservadas sus tradiciones políticas, sin que se degraden con la adopción de las ineptitudes de raza para el gobierno, que son orgánicas del hombre prehistórico". ¿Qué hacer?, los Estados Unidos eran el ejemplo: ser como los Estados Unidos.

Ese tener que ser como los Estados Unidos o como Europa, la Europa que había dejado de ser España, implicaba una acción casi imposible, la encaminada a desrealizarse, a anular una identidad considerada impuesta por la Conquista y la Colonia, negar su mestización. ¿Qué puede hacer esta América —pregunta Sarmiento— para poder seguir los destinos prósperos y libres de la otra? "Nivelarse —contesta— y ya lo hace con las otras razas europeas, co-

rrigiendo la sangre indígena con las ideas modernas, acabando con la edad media". Desespañolizarse, pero y más aún, desamericanizarse. América, a lo largo del discurso de Sarmiento, es sólo expresión de la barbarie que hay que vencer. ¿Cómo? Mediante una gran emigración europea, concretamente sajona. Emigración que haga por esta región lo que ya ha hecho por los Estados Unidos. En *Facundo* escribe: "El contacto con los europeos de todas las naciones es mayor aún, desde los principios, que en ninguna parte del continente hispanoamericano: la *desespañolización* y la *europaización* se efectúan en diez años de un modo radical, sólo en Buenos Aires se entiende". El proyecto debe ser más amplio, más completo, ha de abarcar todas las regiones de la nación argentina. La emigración europea llama con golpes repetidos a sus puertas, hay que abrir estas puertas "para poblar nuestros desiertos". "¿No queréis —pregunta— que vayamos a invocar la ciencia y la industria en nuestro auxilio, a llamarlas con todas nuestras fuerzas para que vengan a sentarse en medio de nosotros, libre la una de toda traba puesta al pensamiento, segura la otra de toda violencia y de toda coacción?". "Esta población —escribe en 1893— hará, por supuesto, su propia fortuna que no puede ser considerada como producto de una explotación, ya que tal riqueza carecía de existencia antes de su explotación". "El europeo que viene a establecerse entre nosotros sí hace una gran fortuna, esa fortuna no existía antes, la ha creado él, la ha añadido a la riqueza del país".

Domingo Faustino Sarmiento, americano cien por ciento, poseedor de esa fuerza bárbara que parece ser propia de esta región, puso la misma al servicio del proyecto encaminado a la desmitificación y anulación de la barbarie. El proyecto civilizador no fue sólo argentino; se proyectó a lo largo de toda la América liberada del coloniaje ibero. Había que cambiar la mente mediante la educación, cambiar la sangre por la emigración. Tal fue la preocupación de toda la América, la que más que considerarse latina buscaba semejarse a la sajona. En países como México, con una densa población indígena y mestiza, la aspiración central fue hacer de estos mismos hombres los "yanquis del sur", como también lo propusiera Juan Bautista Alberdi para la Argentina. Al igual que México, otros países a la sombra de los Andes se consideraban aplastados, como Perú y Bolivia, por la raza indígena en su búsqueda de un cambio de mentalidad. El positivismo, en sus diversas expresiones, sería visto como el instrumento adecuado para cambiar la mente. Sarmiento, ya en el poder, pondrá en marcha un extraordinario proyecto educativo que partirá de la Escuela Normal de Paraná y que tendrá como fin preparar a los argentinos para el

buen uso de sus libertades y para la dominación de la naturaleza. A esto se agregó la gran emigración llegada de Europa, para hacer la grandeza de la región, como había hecho la grandeza de los Estados Unidos de Norteamérica.

Emancipadores como Simón Bolívar, concededores de la realidad de la América surgida bajo el coloniaje ibero, se empeñaron en transformar esa realidad partiendo de ella misma y buscando romper la yuxtaposición impuesta por la conquista y la colonización y así dar origen a un grupo de pueblos libres, independientes, pero al mismo tiempo integrados entre sí. Integrados en la libertad como lo habían estado bajo la dependencia colonial. Pero la ruda realidad se impuso a los proyectos y sueños de libertad e integración. De las encontradas etnias y culturas surgió una América donde unos buscaron imponer su dominio a otros, pretendiendo ocupar el vacío de poder dejado por el coloniaje.

La generación de la que forma parte Domingo Faustino Sarmiento quiso ser más radical a partir de la amarga experiencia de los libertadores. Había que realizar una nueva emancipación, la emancipación mental, lo cual implicaba anular la yuxtaposición impuesta, anulando sus componentes: anular lo español, lo indígena y lo africano. Borrar hábitos y costumbres heredados de la conquista, pero igualmente lavar la sangre de etnias que habían mostrado su incapacidad para la civilización. Tarea ruda y difícil, y de hecho imposible, se trataba de dejar de ser lo que se era para poder ser algo distinto. Renunciar al pasado, a la propia historia, la única historia posible marcada por la dominación impuesta, para iniciar otra nueva historia con olvido de la primera. Otra historia hecha por hombres que sin volver la cara al pasado fuesen capaces de crear un futuro sin raíces en lo anterior. Tal sería el proyecto de Sarmiento y el de sus pares en esta América.

Pero la realidad, la brutal realidad americana seguiría presente, sin posibilidad alguna de desplazamiento. Para dominar la barbarie había que contar con la barbarie misma. Para rebasar la yuxtaposición de la conquista había que partir de la realidad que había de rebasarse haciendo de ella la materia para lo que había de ser construido. Los hábitos y costumbres heredados de la colonia no fueron sin embargo rebasados, tan sólo se encubrieron, se realizó sobre toda la América bárbara una nueva yuxtaposición. A la yuxtaposición impuesta por la conquista de América, se agregó la del liberalismo, la civilización y otras formas de vida, que se habían originado en Europa y en los Estados Unidos, pero partiendo de sus propias experiencias.

La poderosa emigración que Sarmiento y sus pares posibilitaron

no hizo por la región lo que otra gran emigración había hecho por la América del Norte originando los Estados Unidos. Allí, en Norteamérica, los emigrantes se encontraron con tierras libres a su disposición, tierras sin dueño, al alcance de su propia iniciativa y para su exclusivo servicio. En la América del Sur las tierras tenían ya dueños, lo mismo las heredadas del dominio impuesto por la colonización que las arrebatadas por la República a los indígenas. Los emigrantes no hicieron otra cosa que trabajar tierras ajenas y cuidar ganados que no eran propios. Vinieron a ocupar el lugar que los indígenas tenían en el altiplano, allí donde la gran población indígena era encomendada a sus poderosos conquistadores y colonizadores. El emigrante europeo que llegó al Sur no se insertó en la tierra americana como en Norteamérica. Su presencia fue una yuxtaposición sobre la realidad que el proyecto sarmientino trató de cambiar. El emigrante sólo tomó el lugar del inexistente indígena trabajando para determinados señores, para los dueños de las tierras. La historia y la literatura argentina de la región dan fe de esta nueva yuxtaposición. Los industrioses emigrantes se fueron por ello desplazando del campo a las ciudades, creando partidos y con ellos nuevas propuestas políticas, comunistas, radicales y anarquistas. Buenos Aires volvió a ser el centro de la civilización entonces bajo la influencia del emigrante europeo que añoraba sus ancestrales tierras y culturas al otro lado del Atlántico. De la periferia volvieron, sin embargo, a brotar fuerzas que reclamaron sus derechos dando lugar a expresiones sociales y políticas que parecieron repetir las montoneras de los Rosas y los Facundo. La yuxtaposición, lejos de ser eliminada, se acumulaba.

El sueño sarmientino de una emigración que al hacer su propia grandeza hiciera la de la región rioplatense no fue posible. Una fue la emigración destinada a trabajar los campos y cuidar ganado y después dar los obreros de las fábricas, y otra fue la presencia de los grandes consorcios del capitalismo de Europa y los Estados Unidos que enviaron, no trabajadores sino gerentes que se encargasen de obtener el mayor provecho de la región. En los Estados Unidos el emigrante europeo hizo grandes fortunas, pero fortunas que serían parte de la nación, dueña de esas tierras. No explotaron sino que acrecentaron, como decía Sarmiento. En Sudamérica, como en el resto de la América Latina, la riqueza obtenida salió de la región para acrecentar la riqueza de los centros de poder económico del capitalismo. La vieja colonización ibera fue, simplemente, sustituida por la colonización de otros centros de poder en Europa y en Norteamérica. De la América del Sur no surgieron otros Estados Unidos; siguieron siendo tierra para explotar con nuevos due-

ños: los Estados Unidos y la Gran Bretaña, que ocuparon el vacío de poder que el viejo imperialismo ibero había dejado.

Mentalmente la yuxtaposición indígena, española y africana se yuxtapuso a la mentalidad de los emigrantes europeos venidos de diversas regiones europeas, especialmente de Italia y España. Emigración que culturalmente se sentirá extraña, ajena a la bárbara realidad americana. Más extraña de lo que pudieron estarlo Sarmiento y su generación, que ya eran parte de esta tierra. Surgió un fuerte sentimiento de orfandad respecto de la tierra, la historia y la cultura de origen. Héctor H. Murena ha expresado este sentimiento en su libro *El pecado original de América*. Se volvía a las viejas contradicciones que ya se planteaban Sarmiento y su generación, problemas como los que expone Eduardo Mallea en su libro *Historia de una pasión argentina*, Ezequiel Martínez Estrada en *Radiografía de la Pampa* y la obra misma de Borges. Eran éstos los herederos de la emigración que debían haber hecho por la Argentina lo que otros emigrantes habían hecho por la América del Norte. Generación que se ve ahora inmersa en los problemas sociales que plantea nuevamente la Argentina de la provincia y de los suburbios. La Argentina que se decía blanca, occidental y cristiana y la Argentina de los cabecitas negras siguiendo a líderes cuyo lenguaje recordará el de los caudillos descritos por Sarmiento en su *Facundo*.

La guerra sucia y la guerra de las Malvinas agudizaron los viejos problemas de identidad que se planteó Sarmiento y que trató de resolver mediante su proyecto civilizador. En supuesta defensa de los valores blancos, occidentales y cristianos, se cometieron barbaridades no descritas en el *Facundo* de Sarmiento. Desalentador fue, igualmente, el trato que el mundo occidental dio a los supuestos defensores de sus valores en la guerra de las Malvinas. El proyecto civilizador de Domingo Faustino Sarmiento no pareció superar las contradicciones de identidad como tampoco lo logró el proyecto integrador de Bolívar. La realidad americana se impuso una y otra vez sin poder ser dominada, sin hundirse en ella ni evadirla. No pareció posible dejar de ser lo que se era para ser otra cosa. Había que partir de lo que se era para poder ser distinto, pero no tan distinto que se fuese ajeno a sí mismo. No se podía ser otro Estados Unidos, pero sí hacer lo que Estados Unidos. Como no se trata, ahora, de ser copia de este o aquel pueblo socialista, sino de hacer lo que esos pueblos están haciendo por sí mismos. Hay quienes ahora afirman que el dilema no es ya "civilización o barbarie", sino "socialismo o barbarie". Aceptar tal dilema sería caer en viejos errores. No se trata ya de imitar los frutos de otros pue-

blos, sino la actitud que los mismos han tomado para alcanzar tales frutos. Se trata de asimilar lo propio y, a partir de esta asimilación, asimilar lo ajeno en servicio de lo propio.

¿Cuál es entonces la vigencia del proyecto de Sarmiento? ¿Qué resultó de ese proyecto y qué significa en nuestros días para la Argentina y para la América de la que es parte? Lo vigente, lo actual, del proyecto de Sarmiento es nada más y nada menos que esta nación, la nación a la que dio origen, la Argentina de ahora que desde luego es ya diversa de la Argentina que él vivió, describió y trató de cambiar. Ya no es la Argentina de *Facundo*, pero tampoco la que quiso forjar el propio Sarmiento. Es la Argentina actual que ha resultado de la realidad y de los sueños del civilizador. El torrente emigratorio que Sarmiento hizo posible no cubrió la realidad americana cambiándola; pura y simplemente se fundió en ella, pero al fundirse la cambió. Ya no fue la Argentina de Facundo y Rosas, pero tampoco resultó aquella Argentina soñada "con un millón de hombres civilizados" que hiciera imposible la guerra civil. El torrente que vino de Europa no limpió la tierra americana; se hizo parte de ella, transformándola. Existen en el *Facundo* de Sarmiento y en varios de sus análisis sobre la realidad que trató de cambiar hasta su raíz un cierto amor que será, al final de cuentas, amor de sí mismo como expresión de esa realidad. Una cierta y no oculta admiración hacia la barbarie a la que trató de poner fin. Expresión de este amor son las palabras que dedica a Simón Bolívar, al hombre que pretendió, como él, hacer de esta bruta realidad algo distinto y que murió desesperanzado. Hablando de *Facundo* escribía, para relacionarlo con Bolívar, que este caudillo, "siendo lo que fue, ni por un accidente de su carácter, sino por antecedentes inevitables y ajenos de su voluntad, es el personaje histórico más singular, más notable, que puede presentarse a la contemplación de los hombres que comprenden que un caudillo que encabeza un gran movimiento social no es más que el espejo en que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia".

Facundo fue expresión de la Argentina, como lo fue Simón Bolívar de toda la América bárbara. Sin los antecedentes que describirá Sarmiento en su *Facundo*, nos dice, sería difícil entender a un hombre de la América como fue Bolívar. "Sin estos antecedentes, dice Sarmiento, nadie comprenderá a Facundo, como nadie, a mi juicio, ha comprendido todavía al inmortal Bolívar". Bolívar es América como Facundo es Argentina. Es la América que quiso cambiar Bolívar y la Argentina que trató de cambiar Sar-

miento. Los biógrafos de Bolívar, dice, sólo supieron dar de él una falsa imagen, vieron en él a un Napoleón menos colosal", "pero no han visto al caudillo americano, al jefe de un levantamiento de las masas". "Sólo veo en esa falsa imagen, sigue Sarmiento, el remedo de Europa y nada que revele a la América". "Colombia tiene llanos, vida pastoril, vida bárbara, americana y pura y de ahí partió el gran Bolívar; de aquel barro hizo su glorioso edificio. ¿Cómo es, pues, que su biografía lo asemeja a cualquier general europeo de esclarecidas prendas? Esa manera de tratar a Bolívar, agrega, convendría a San Martín y otros de su clase. San Martín nunca hubiera podido encabezar montoneras, lo habrían colgado en la segunda tentativa". "El drama de Bolívar se compone, pues, de otros elementos de los que hasta hoy conocemos". "Bolívar es todavía un cuento forjado sobre datos ciertos; Bolívar, el verdadero Bolívar, no lo conoce aún el mundo; y es muy probable que cuando lo traduzcan a su idioma natal aparezca más sorprendente y más grande aún". Sarmiento en su *Facundo* se asomó al mundo del que es expresión Bolívar. La América bárbara que Bolívar y Sarmiento trataron de cambiar. Luchar contra ella fue la tragedia de Bolívar, y será también la de Sarmiento. Bolívar murió insatisfecho, Sarmiento al parecer satisfecho. Uno vio a la América bárbara devorando su obra, el otro pudo ya ver a millones de hombres civilizados haciendo otra América.

Bolívar se apoyó en su propia realidad, en su propia y bárbara naturaleza, haciendo de ella instrumento de su cambio. Sarmiento hizo de Europa, de sus emigrantes y filosofía, instrumento para cambiar la realidad que no pudo cambiar Bolívar. Murió satisfecho aunque, paradójicamente, en tierra bárbara. Sarmiento propuso agregar a la difícil sangre mestiza del indio, el español y africano, la de millones de emigrantes llegados de Europa, buscando el cimientto que faltaba. Pero no hizo de los americanos europeos, sino de los europeos otra clase de americanos. Su extraordinario esfuerzo en el campo educativo dio al argentino conciencia de la nación que la barbarie ocultaba. Forjó la nación en la que había soñado Bolívar, una nación americana, pero ya nación. Fueron argentinos formados en la escuela de Sarmiento los que reclamaron, en 1918 y en Córdoba, la asunción de lo americano y hablaron de la "hora americana" sabiéndose parte de una patria grande. Los emigrantes no trajeron tanto industrias como la aptitud para su uso. Y con esta aptitud, ideas e ideales más allá de la civilización de la que eran originarios y en la cual no tenían ya cabida. La civilización europea los había expulsado hacia una tierra bárbara, que hicieron suya y a la que, como quiso Sarmiento, cambiaron. Pero no hicieron de

ella otra Europa, sino una América civilizada sin dejar de ser América. En la proclama universitaria de Córdoba se expresa la América de la que es forjador Sarmiento. Al terminar el siglo XIX, otro argentino, Roque Sáenz Peña, corregía desde Washington el "América para los americanos" de Monroe, con un "América para la humanidad". José Ingenieros, Manuel Ugarte, Alfredo L. Palacios y otros muchos sostendrán el mismo ideal de una "América para la humanidad" defendiéndolo del "América para los americanos". Nacionalismo y antiimperialismo fueron las banderas de la Argentina, que asumía como propia una realidad hecha posible por el mestizaje de mestizajes.

Se mantienen, sin embargo, contradicciones que recuerdan a las que enfrentaba Sarmiento, una cierta evasión europeizante que la realidad va domando, la realidad interna y externa que hacen de la Argentina una peculiar nación americana. Peculiar, como son peculiares las naciones que surgieron de las hazañas de Bolívar, Morelos, San Martín, O'Higgins y otros. Pero no tan peculiares que dejen de ser americanas. Una americanidad que va encontrando cimiento, a partir de la conciencia de una identidad que asemeja a unos pueblos con otros, como parte de la Patria Grande, pero sin menoscabo de lo propio. Todo eso que hizo posible Sarmiento en su empeño por crear una nación civilizada y una América civilizada.